

MANUEL AZAÑA Y "LA PLUMA" M. TUÑÓN DE LARA

Un buen día de 1920, Manuel Azaña vence la tentación de inhibirse que le acechaba en su última y reciente temporada parisiense, y se decide a fundar una revista. Cuenta para ello con su amigo Cipriano Rivas Cherif, y ambos con otro amigo, Amós Salvador (hijo), presto a ejercer de Mecenas con las 500 pesetas mensuales que va a cobrar por su cargo de diputado.

Manuel Azaña no se hace ilusiones sobre España. Ha vacilado mucho antes de regresar a Madrid. Y ya cuando está «tomando el sol en el Chorrillo o en la Moncloa», como escribió en imagen algo zumbona, sigue presa del escepticismo. Que también comparte Antonio Machado —«¡qué difícil es no bajar cuando todo baja!»—, quien escribe a Unamuno, refiriéndose al ambiente capitalino, «es mucha Beocia esta villa coronada». De Mairena pudieran muy bien haber sido estas líneas de don Manuel en su *Cuadernillo de Apuntes* al volver a Madrid en aquella primavera del año veinte: «Si cada español hablase de lo que entiende, y de nada más, habría un gran silencio que podríamos aprovechar para el estudio».

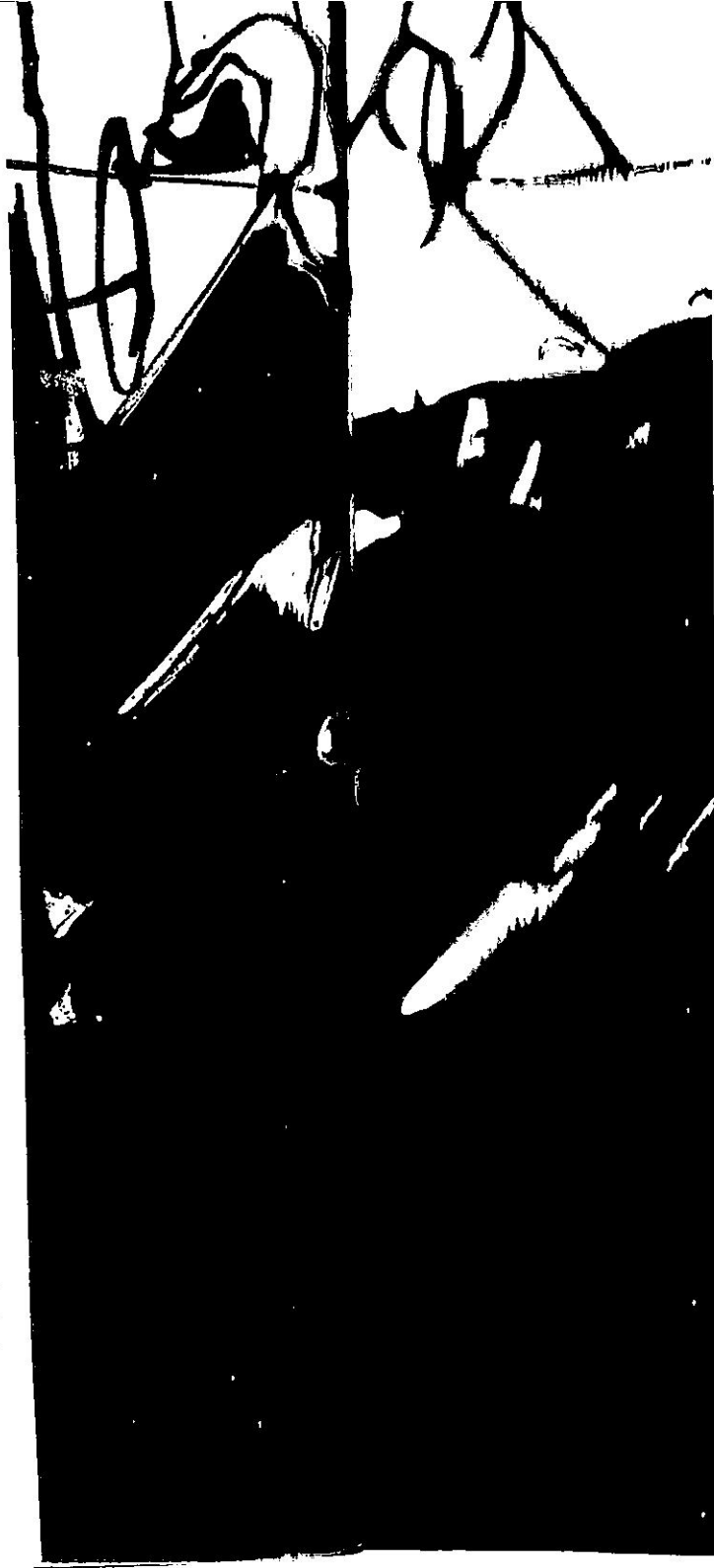
Y, sin embargo, Azaña se decide; probablemente, desde que habla en París con Amós Salvador. Busca y halla nombre de la publicación, LA PLUMA. Y con él, su lema, que lo carga de sentido: «La pluma es la que

asegura / castillos, coronas, reyes / y la que sustenta leyes.» Que escribir no es cosa baladí lo sabe bien Manuel Azaña; en ese lema, expresado en su circunstancia y con sus categorías sociohistóricas y políticas, reconoce lo que otros, mucho más tarde, hemos llamado función ideológica del intelectual en su relación con los aparatos de hegemonía.

Pero dejemos nuestras propias categorías y volvamos a la nuda realidad de Azaña y *La Pluma*. ¿Será ésta, acaso, una torre de marfil para el intelectual? Pudiera haber infundido semejante sospecha el texto de presentación que asigna a la revista la función de posibilitar la expresión, «en la plenitud de su independencia» de la vocación literaria. Pero aquella torre no era de marfil... ni siquiera era torre! *La Pluma* fue desde su primer número ancho campo abierto a una creación literaria que jamás se desentendió del inmenso drama de los hombres y de la coyuntura histórica en que les tocaba vivir. Si *La Pluma* no tuviera otro valor que el de haber publicado los XII primeros capítulos de *El jardín de los frailes* (1), entre septiembre de 1921 y mayo de 1922, así como *La farsa y licencia de la reina castiza* (agosto, septiembre, octubre de 1920), *Los cuernos de don Friolera* y *Cara de plata*, de don Ramón del Valle-Inclán, sería de mención insoslayable para la más sucinta historia de la literatura española y aun universal. Obras que en su alta calidad estética son también testimonio y alegato, protesta y conciencia hasta los últimos entresijos del compromiso adquirido como intelectuales. Pero hay más,

(1) De los XIX capítulos que en total tiene esta obra maestra de Azaña, cuya primera edición completa fue Impresa, igual que *La Pluma*, en la imprenta de los hermanos Sáez; fue allí terminada el 16 de abril de 1927.

mucho más; allí están Rivas-Cherif (que llevaba de frente la página literaria de *La Internacional*, la revista dirigida por Núñez de Arenas, donde publicó una encuesta sobre el tema «¿Qué es el arte?», todavía medio ignorada, puesto que algunos llegan a situarla en *El Sol*), Ramón Gómez de la Serna, Araquistain, Domenchina, J. Guillén, Ricardo Baroja y Azaña, una vez más Azaña. Porque la verdad es que, a despecho de su desdén por ciertos medios y cierta política, Azaña ha llegado, con la cuarentena, a un punto de reflexión y madurez que le empuja a crear escritos fundamentales, y a una sazón de sus concepciones políticas que le distanciará definitivamente del reformismo «melquiadista», ya integrado, y con el cual nada le quedaba en común. Y en *La Pluma* aparecerán textos-clave como la crítica ganivetiana y sobre temas actuales cuya «politicidad» apenas está cubierta por el velo cultural; la visita de Unamuno a palacio, etc. Y, sobre todo, Azaña no descuida la punzante coyuntura; porque al año justo de iniciarse la aventura de *La Pluma* otra aventura, mucho más triste y menos justificable, la del Estado español en Marruecos, se convierte en un torrente de sangre y lágrimas, en luto de decenas de millares de familias, y en el mayor desprestigio de los responsables de la cosa pública. Y Azaña —«Cardenio», etc.— ofrece su vena satírica en «Si el alarbe tornase vencedor» (16-VIII-1921) y otros escritos de análogo humor crítico o, tornándose severo —sin que por ello le abandone su ironía—, se enfrenta con el tema en *Almanzor*, publicado en abril del siguiente año, y cala hasta el fondo: «medievales los sentimientos —dice—, medieval la armazón política»; y, sobre todo, esa gigantesca mentira de la propaganda de siglos... el moro infiel... la Reconquista. «Adviértase —escribe— que al español moder-



no, oído el proceso de la Reconquista, sólo le queda en la memoria una explicación polémica fraguada por la propaganda.»

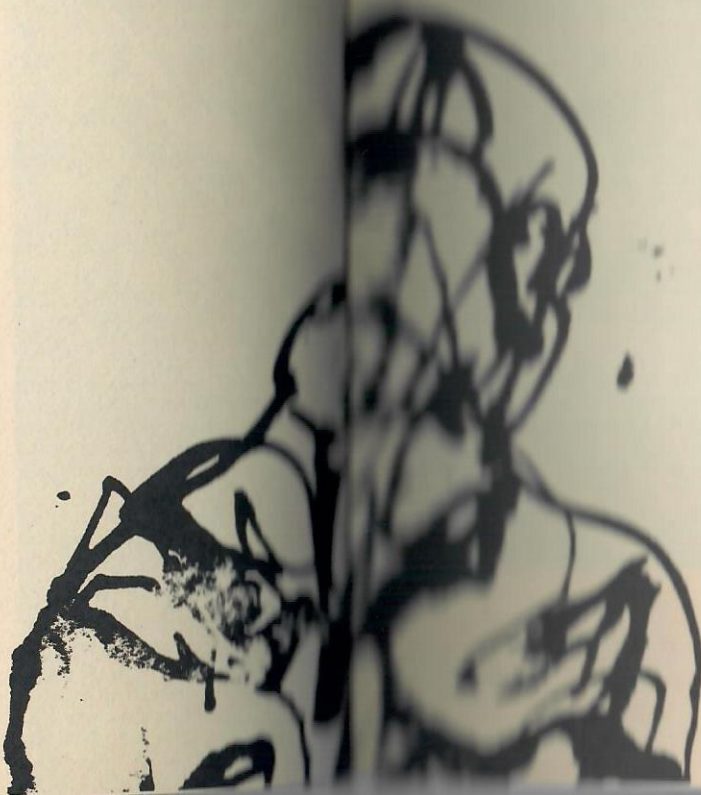
¿«Reconquista de qué?» comenta certeramente Rivas-Cherif en su *Retrato de un desconocido* (cuya primera edición integra, enriquecida por un importante epistolario Azaña-Rivas Cherif, a cargo todo de Enrique de Rivas Ibáñez, acaba de salir) «...la Reconquista es la suma innumerable de tantas guerras civiles en que se ha debatido la unidad peninsular, no más conseguida en el Imperio de la Monarquía Católica que en intentos anteriores».

Pero razón tenía Azaña de señalar los efectos devastadores de esa manipulación ideológica a través de los siglos. Porque todavía andan por esos mundos muy ilustres «Historias» con apellidos de mandarinesco relumbrón en que hecho y concepto de la llamada «Reconquista» se dan por tema adquirido y dilucidado, a despecho de la moderna historiografía con un mínimo de seriedad científica.

Mucho más tarde, en *La velada en Benicarló*, recordaba Azaña que durante siglos se había excluido de la enseñanza española hasta la simple noticia de la civilización andaluza de la Edad Media. Y ponía en boca de «Morales» estas palabras proféticas: «Si perdiésemos la guerra se enseñaría a los niños durante muchas generaciones que en 1937 fueron aniquilados o expulsados de España los enemigos de «su unidad». Porque, sabido es, la historia no la escriben los vencidos, y si la escriben, los vencedores se encargan de que nadie la lea. (Sé que se me podría objetar por alusión directa; pero si algo se ha leído de los vencidos, es prueba de que la «victoria» fue precaria.)»

Pero no se agota aquí, claro está, la simple enumeración de sugerencias engendra-

das por *La Pluma*; sus títulos de ciudadanía en la historia de nuestra cultura son muchos; y como expresión de la revisión intelectual a que llamaba Azaña —y que él mismo hacía— al empezar el decenio de los veinte, habría que evocar varios binomios: Azaña y Valle, Azaña y Araquistain, Azaña y Costa. Quisiera hacer mención de la última de estas relaciones porque aunque la crítica del costismo y del 98 (crítica superadora y no demoleadora) la hizo Azaña desde la revista *España*, sobre todo en 1923, también queda testimonio de ella en nuestra revista. Hay un artículo de Azaña, en el número de marzo de 1921, en que a propósito de la obra de Araquistain aborda el tema del regeneracionismo costiano, que dos años después desarrollará en *España*. Al coincidir con la doble pregunta de Araquistain —¿qué escuela quería Costa?, ¿cómo veía la distribución de riqueza?— exige un rigor intelectual y político que no siempre hay en el discurso costiano. Ni los remedios, a veces pueriles, del regeneracionismo ni la grandilocuencia de Costa le cuadran por completo a don Manuel, quien no deja por ello de reconocer que «el león de Graus encarnó una España llena de honradez y de buena fe». Ciertamente que la base moralizante del Araquistain de la época —aprobada por Azaña— es como un cordón umbilical que les une con el «progresismo» hispano de fines decimonónicos, lo mismo se llame Pi, que Salmerón, Giner que Costa, e incluso Iglesias; pero no es menos verdad que Azaña, demócrata y liberal del siglo XX, había superado el regeneracionismo, sobre todo en dos aspectos esenciales: 1, en la tentación antidemocrática del mismo, lo que él llamaba la falta de confianza en «la organización de fuerzas populares»; 2, en su aspecto arbitrista. Había llegado a una concepción moderna del Estado tras la conclusión



de que «el Estado español del siglo XIX, era la impotencia viva, personificada».

La Pluma, cuya redacción y administración eran, sencillamente, el domicilio de Azaña en la calle de Hermosilla, era minoritaria, a pesar de no ser elitista; lo era a pesar suyo. Minoritaria fue toda vanguardia en los años inquietantes que van de la derrota de Annual al golpe de Estado de Primo de Rivera; en plena crisis de hegemonía del bloque dominante, cuando sus órganos y mecanismos de persuasión y autoridad se iban a pique en el fracaso, también había fallado la alternativa del otro bloque posible (por hechos y razones que serían largos de explicar y fuera de lugar) y se podía temer lo peor; lo temían, escépticos pero no desalentados, en su puesto, hombres como Azaña o como Machado; o encrespándose, otros como Unamuno. Pero la historia ha dejado constancia de que todo fue minoritario. Así *La Pluma* y sus mil ejemplares (aunque del número 1 se llegó a dos mil) y sus fieles y contados suscriptores, eran como una familia, lo que hacía decir a Azaña, en una de sus cartas a Rivas-Cherif: «nuestro suscriptor de Sevilla, Izquierdo, el pobre se ha muerto». Era casi la misma comunidad que, al caer la tarde, se reunía en la tertulia del *Regina*; con los dos artífices de *La Pluma* estaban siempre Luis García Bilbao, el mecenas de *España*, Valle Inclán, Luis Bello, Díez Canedo, Sindulfo de la Fuente, Martín Luis Guzmán y otros más, sin que faltase las más de las veces Amós Salvador. Y ocurrió algo triste; *España* y *La Pluma*, dos de las mejores revistas que hayan salido de prensas en nuestra tierra, estaban tan horras de recursos financieros como sobradas de valor intelectual. Tan hermanadas, hechas por gentes amigas, se imponía un sacrificio. Para salvar a *España* no hay más solución que las socorridas die-

tas de Amós Salvador, que éste propone a García Bilbao, añadiendo a la propuesta la de Azaña para director (Araquistáin, en crisis de desilusión, ha abandonado) y Rivas-Cherif de secretario de redacción. Y así es, desde el 6 de enero de 1923. Aún durará *La Pluma* seis heroicos números, entre ellos el de enero, de homenaje a Valle-Inclán, con una pléyade de colaboraciones, desde la de Machado hasta la de Pérez de Ayala, pasando por Jean Cassou, Francis de Miomandre, Gómez de la Serna y un largo etcétera. Y aún tuvo tiempo Manuel Azaña de desilusionarse definitivamente aquella primavera de la vanidad o espejismo del tinglado electoral que, con tanta astucia como ausencia de ética, montaran en su día Cánovas y Sagasta, ya desvencijado y casi inservible en medio de la crisis antes mencionada. Si Melquiades Álvarez obtuvo, a cambio de su «integración», una cartera, una presidencia del Congreso y veinte escaños del mismo, su candidato Manuel Azaña, sería una vez más eliminado por lo que, sin la menor concesión a lo demagógico, fuerza es llamar oligarquía; pues su contrincante era nada menos que César de la Mora, cuyo abogado era José Félix de Lequerica.

Puede así decirse que, cuando en junio de 1923 se cerraba la primera etapa de *La Pluma* (puesto que cincuenta y siete años más tarde nos aprestamos a la segunda salida), en el preciso momento en que se nombraba una Comisión parlamentaria de responsabilidades y los oídos finos percibían ya algún tintineo de sables y espuelas, Manuel Azaña había aprendido que un liberal del siglo XX no podía parecerse a un liberal del siglo XIX. *La Pluma*, como luego *España*, no fueron para él refugio literario ni torre de intelectual, sino atalaya de reflexión y vasto campo de compromiso intelectual.



A los sesenta años de la primera salida de *La Pluma* no parece superfluo que recapitemos sobre el alcance de esta segunda salida y que valoremos la responsabilidad ahora contraída. Este nombre y, sobre todo, el de aquel gran español y gran demócrata que fue su director nos obliga a mucho. Para quienes, aun no compartiendo todos sus puntos de vista, crecimos en el respeto hacia aquella personalidad gigantesca, que encarnó legítimamente la más alta cumbre del Estado español de nuestros años mozos, nuestra responsabilidad es tan alta como nuestra emoción.